

UN ACADÉMICO DE HONOR, UN HONOR PARA NUESTRA ACADEMIA

Por ENRIQUETA VILA VILAR

Sir John H. Elliott, es sin duda, uno de los hispanistas más brillantes de todos los tiempos. Y si nos centramos en la época de su especialidad, no se puede poner en cuestión que haya nadie que lo supere. Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales en 1996, recibió el título de Sir del Imperio Británico en 1994. Ya en 1990, había obtenido el título de *Regius Profesor* de Historia Moderna en la Universidad de Oxford concedido por S. M. la Reina Isabel. Esto por citar sólo lo que considero los más altos honores que ha ido acumulando a lo largo de su fructífera vida. Uno de ellos, que él aceptó con todo entusiasmo, fue el de ser elegido Académico de Honor de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en 2008, tras una solicitud encabezada por el profesor Morales Padrón –probablemente la última que firmó con una letra casi ininteligible- y los Académicos Enriqueta Vila Vilar y Vicente Lleó Cañal, que fue acogida por la Junta General con todo entusiasmo y elegido por absoluta unanimidad, como no podía ser menos.

Sin embargo, su adscripción a nuestra Academia es bastante anterior: En 1976 fue admitido como correspondiente, presentado por D. José de la Peña, D. José Antonio Calderón Quijano y el mismo D. Francisco Morales Padrón, esta vez con una firma fuerte y juvenil. El censor, Dr. Antonio González-Meneses dio su visto bueno. En esa época el reconocimiento de John Elliott era ya universal, como lo prueba que había sido “seducido” –y

luego aclararé por qué empleo precisamente esta palabra- por la oferta recibida como profesor en el muy prestigioso *Institute for Advance Study*, de Princenton, paraíso de los grandes cerebros mundiales.

En esta primera solicitud de nuestra Academia para acogerlo entre sus miembros, se hacían valer sus méritos en aquellos años y no me resisto a transcribir un párrafo muy expresivo, porque ya entonces el profesor Elliott desarrollaba todas las cualidades que fue engrosando de manera admirable y que lo han convertido en la figura mundial indiscutible que hoy es. Describían los solicitantes así sus méritos:

“El Prof. Elliott ha consagrado lo mejor de sus actividades a la investigación de nuestra historia, en todos los archivos importantes de Europa y, ante todo, en los archivos y bibliotecas españoles. La mayor parte de sus publicaciones, así como las tesis doctorales por él dirigidas, están consagradas al estudio de la historia en el Viejo y en el Nuevo Mundo, en los siglos XVI y XVII. Tales publicaciones han valido al profesor Elliott, al par que una sólida reputación científica, el estar considerado en nuestro país y en todo el mundo culto, como una de los más prestigiosos hispanistas del mundo actual. Y en esas obras, sin mengua de la más rigurosa objetividad histórica, se advierte la simpatía por el pueblo español y su pasado. Y recíprocamente, con reconocimiento y simpatía, se distingue al autorizado hispanista en nuestro país, que visita con frecuencia, para asistir a Congresos o dictar conferencias”

Palabras que siguen siendo válidas hoy día, aunque falta señalar el amor de John Elliott por Sevilla, en el que se inició desde que, en la década de los cincuenta, cuando vino a trabajar en sus archivos, conoció a un sevillano universal y que- cómo no- también figura en la nómina de los Académicos de Honor de nuestra Academia: D. Antonio Domínguez Ortiz. Desde entonces su amistad y su sintonía intelectual han sido un ejemplo de



*Sir John H. Elliott, Académico de Honor de la Real Academia
Sevillana de Buenas Letras*

influencia mutua, hasta el punto que Sir John H. Elliott no duda en declararse deudor de sus enseñanzas y de sus obras. No puedo dejar de pensar que tanto su devoción por la historia de Sevilla como su temprano interés por la influencia de el mundo americano en la historia de España y Europa que plasmó en su bello y clásico libro *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, editado en español por Alianza en 1972 -en una bella traducción de Rafael Sánchez Mantero-, pero escrita unos años antes, son deudoras de la obra juvenil y pionera de D. Antonio, *Orto y Ocaso de Sevilla*, publicada en 1946, en la que trazó con líneas maestras la influencia de la colonización americana en la España Moderna y que tanto tardó en penetrar en nuestros historiadores. Fue precisamente esa obra de Elliott, más que su *España Imperial, 1469-1716*, libro de texto obligado en nuestra facultad, la que me hizo apreciar su agudeza y su maestría, que luego pude corroborar al leer un bello artículo titulado “América y el problema de la decadencia española”, publicado en *Anuario de Estudios Americanos* (XXVIII, Sevilla, 1972), que fue su contribución a un magnífico Congreso organizado en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos por el profesor Morales Padrón en 1970 sobre la crisis del siglo XVII, al que acudieron los mejores hispanistas del momento, y cuyas actas están recogidas en el mencionado número de la prestigiosa revista americanista sevillana.

No es mi intención glosar su magna obra científica, suficientemente conocida por todos -sus libros se han convertido en auténticos *Best Sellers*- y recogida en parte en el artículo de mi compañero el Dr. Ramón Serrera Contreras al que acompañan a estas líneas. Pero sí quisiera aprovechar esta ocasión para resaltar algunos rasgos de su personalidad que he tenido ocasión de apreciar y disfrutar a lo largo de muchos años.

Fue al poco tiempo de haber publicado mi libro *Historia de Puerto Rico (1600-1650)*, al comienzo de la década de los años setenta, cuando tuve la fortuna de conocer al profesor Elliott. Me encontraba trabajando en el Archivo de Indias, costumbre que me acompañó durante mucho tiempo, cuando me abordó un señor delgado, alto y elegante para preguntarme por una ilustración que había introducido en aquel libro. Cuando me dijo su nombre, no acerté ni a ponerme de pie. Y allí estaba él, sencillo, cordial,

sonriente, como pidiéndome un favor. Al salir de mi estupor me levanté por fin y salí con él del salón de investigadores, aquel gélido y frailuno salón que con tanto cariño recuerdo, al vestíbulo que era el lugar en el que podíamos cambiar impresiones, sentados en un duro banco de madera. Desde aquel momento, la admiración que sentía por él a través de su obra se equiparó a la que pude apreciar en su naturalidad y cordialidad.

Estaba muy interesado por conocer el paradero de un cuadro que yo había reproducido en mi libro y que pertenecía a una colección particular. El cuadro en cuestión, de enormes proporciones, de un riquísimo valor iconográfico y de autor anónimo, representaba la toma de Bahía, en Brasil, por D. Fadrique de Toledo, de la cual la muestra más famosa y bella era el notable cuadro que Juan Bautista Maíno había pintado para el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro. Al que yo me refero era completamente distinto al anterior en factura, tamaño y concepción de la escena que se quería plasmar. Probablemente Elliott conocía la existencia de este cuadro estudiado rigurosamente por D. Enrique Marco Dorta para su conferencia de la apertura del curso académico 1959-1960 de la Universidad de Sevilla, publicada el mismo año con el título de *La recuperación de Bahía por D. Fadrique de Toledo (1625). Un cuadro español de la época*. En ese trabajo, D. Enrique ya decía que el cuadro pertenecía al Marqués de Almunia, que lo había adquirido en la subasta que se hizo de la colección de la Casa de Osuna. Pero habían pasado casi veinte años y yo no aclaraba de dónde había tomado la fotografía.

Fue como una especie de regalo que me hizo el destino, porque verdaderamente en aquellos años, probablemente yo era la única que podía conducirlo a su paradero. Se encontraba colgado en el salón de un chalet de Nervión, en el que estaba instalada una guardería llamada “El Trébol” a la que iban mis hijos y que era propiedad de tres chicas, una de las cuales era precisamente Tere Almunia, que lo había trasladado allí porque no cabía en las paredes de su casa. Recuerdo que era verano, que mis hijos estaban de vacaciones y que el colegio estaba cerrado. Cité al profesor Elliott en mi casa, desmantelada por las cercanas vacaciones, en la que sólo pude ofrecerle un vaso de Casera —era todo lo que tenía— y que él tomó con toda naturalidad. Después

de localizar a las profesoras de mis hijos para que nos abrieran el colegio, fuimos a buscar el cuadro y allí estuvimos un buen rato en el que la curiosidad y el conocimiento sobre todo lo que el cuadro sugiere me mostró una vez más la sencillez y la altura intelectual del maestro. No quedó un detalle sin examinar ni una posible explicación a las incógnitas que le iban surgiendo. Fue la primera clase práctica que recibí de él en vivo y en directo.

Sin mucha esperanza de que nuestra intención de paliar, de alguna manera, la parquedad de mi recibimiento en casa fuera atendida, mi marido y yo lo invitamos a cenar y ante nuestra sorpresa, aceptó encantado. Así es Sir John H. Elliott y así ha seguido siendo a lo largo de todos estos años que nos conocemos. Aquella tarde fue memorable para mí. Primero la lección de Historia y conocimientos mientras examinaba el cuadro. Luego la lección de naturalidad y humanidad durante la cena. Había venido sin Oonah, su esposa y fiel acompañante, porque iba a Princeton a buscar acomodo y a esperarla después de instalado. Estaba triste y apesadumbrado de tener que dejar su país porque en ese momento se consideraba un emigrante sin esperar retorno. Pero comprendía que la oferta que le hacía el prestigioso centro que lo había llamado era una oportunidad que no podía desaprovecharla. Contaría con medios de todo tipo para investigar: dos ayudantes –uno de ellos fue el querido Quisco de la Peña con el que llegó a publicar una selección de textos del Conde-Duque de Olivares-, posibilidades para viajar a cualquier archivo del mundo y de formar a alumnos aventajados sin necesidad de atenerse a un horario de clases, ocasión para organizar cursos y seminarios que lo mantendrían en contacto con las nuevas tendencias mundiales en su especialidad y otra serie de gajes entre ellos los económicos, muy considerables, pero que estoy segura que no era lo más importante para él. Es muy difícil que se hubiera negado a aceptar esas condiciones de trabajo que le permitirían multiplicar su probada capacidad, a pesar de la resistencia tanto de él como de su esposa a abandonar su país. De ahí la palabra “seducir” que empleé al principio y podría añadir que bendita “seducción”, porque fueron diez y siete años fructíferos y aprovechados al máximo en los que pudo dar rienda suelta a sus muchos conocimientos y cultivar sin ninguna distracción su aguda inteligencia. Allí, en Princeton,

realizó muchos de sus mejores trabajos, desde allí viajó por todo el mundo visitando archivos, museos y centros culturales y dictando conferencias y allí acogió a una pléyade de alumnos que hoy están en la primera fila de la historiografía inglesa y de otros países. Como siempre hizo en su vida, supo aprovechar bien los medios que pusieron a su alcance.

Aquel día que lo conocí, estaba convencido de que aquel era su destino final. Su innata modestia no le permitía adivinar el desenlace por el que pudo volver a su tierra llamado por la Reina para ocupar como *Regius Professor*, la Cátedra de Historia moderna en la Universidad de Oxford. Bendito país que no deja escapar a sus talentos.

El pasado 24 de Noviembre, la Universidad de Sevilla lo ha investido como Doctor *Honoris causa*, en un acto solemne y memorable. Nuestra Academia ha tenido la fortuna de que aceptara acudir a una Sesión Plenaria en la que tomó posesión de su plaza de Académico de Honor y en la que le hicimos entrega de nuestra medalla. Las dos instituciones culturales más antiguas de nuestra ciudad le han concedido su máximo galardón. Pienso que para la Universidad de Sevilla es un honor tenerlo como miembro de su Claustro, pero de lo que estoy completamente segura es que para nuestra Academia lo es. Un Académico de Honor que es un honor para nuestra Academia.